

LAS FIESTAS EN LA ZARAGOZA ILUSTRADA

Eliseo Serrano

Universidad de Zaragoza

Es bien conocido el interés que los historiadores han mostrado por el estudio de las celebraciones festivas durante la Edad Moderna, por el carácter comunicativo de una sociedad clasista que buscó todo tipo de resortes para hacer visible el poder y la idea providencialista del orden social y jerarquizado imperante en la época. Desde las llamadas fiestas extraordinarias, de “grandes alegrías” y lutos, a las fiestas del calendario religioso, que irán menguando a medida que avance el pensamiento más racionalista. Durante el siglo XVIII, entre los ilustrados, se suscitó una enorme controversia sobre el número de fiestas de guardar y su impacto en el mundo laboral y económico, al tiempo que también se debatió sobre el teatro o los toros. Durante este siglo Zaragoza ofreció a sus ciudadanos espectáculos singulares en torno a las grandes celebraciones y fiestas, sus conocidas mojiengas (un derroche de disfraces animales emparejados, con carros triunfales y alegóricos y animales fantásticos como la tarasca), gigantes y cabezudos, que a la altura de 1711 deleitan con sus bailes o que en 1783 forman “la familia” (cuatro “gigantones”, dos hombres vestidos de español y turco y dos mujeres y los cabezudos), encamisadas, arcos triunfales jalonando los recorridos por la ciudad, procesiones en honor a los santos patronos (san Valero, santa Engracia y el Pilar), nocturnos, músicas y dances, villancicos en Navidad y Reyes en la catedral de La Seo y en el Pilar, toros por la ciudad y también desde 1764 en la Plaza de toros construida por empeño de Piganatelli y como sustento para la Casa de la Misericordia (corridas de toros de muerte pero también ensogados, ambolados, de fuego...)... Y como grandes fiestas seguirán el Corpus Christi (aunque no tan potenciado por los Borbones como por los Austrias y el culto al Santísimo), san Juan, los carnavales y sobre todo a lo largo del siglo XVIII se afianzará y quedará como el referente zaragozano de las fiestas, las celebradas por la Virgen del Pilar, que desde 1723 no dejarán de crecer debido a los sucesivos decretos papales que consolidarán su importancia como fiesta colenda y aumentando el territorio que debía celebrarlo: Zaragoza, Aragón, España...

Entradas reales, juramentos forales y proclamaciones

La entrada real es uno de los actos que reviste mayor importancia en las sociedades europeas de las Edades medieval y moderna con las visitas a ciudades con motivos de los juramentos forales o de otro tipo, entrega de llaves o celebraciones diversas (canonizaciones, enlaces matrimoniales, acuerdos de paz...)¹. En Zaragoza a lo largo de la Edad Moderna se suceden las visitas y las celebraciones festivas a la llegada de los monarcas. La obligación foral del juramento como monarca y príncipe heredero ante el altar mayor de la catedral de La Seo con la presencia del Justicia, la presencia regia en las Cortes de la Corona celebradas en Monzón y las visitas a Cataluña con el paso obligado por la ciudad, hicieron a Zaragoza lugar obligado de estancia a lo largo de los siglos. Recibido en Santa Fe o en el puente del Gállego (según el lugar de partida de la comitiva real) es primeramente acompañado a la Aljafería o directamente al palacio arzobispal, uno de los lugares habituales de residencia en el interior de la ciudad (otros palacios fueron el de Sástago y el de Peralada, ambos en el Coso). De la Aljafería se organizaba el cortejo de entrada en el que el rey, a caballo y bajo palio, recorrerá la ciudad, seguido de carros triunfales, pasando por tablados con representaciones teatrales y alegóricas, arcos en las calles del recorrido, luminarias y adornos en las fachadas de los principales palacios, casas, iglesias y conventos y todo ello acompañado de los jurados, las parroquias y los gremios, quienes se encargaban de costear los festejos. Si la obligación era el juramento foral, este se producía en La Seo y los días siguientes había *Te Deum* en el Pilar y otros oficios religiosos en iglesias y conventos. Festejos con toros y fuegos artificiales completaban una celebración reiterada como ejemplo y demostración de fidelidad. En el caso de las proclamaciones, la ausencia del monarca era suplida con el pendón real que se colocaba en una tablado para que la ciudad desfilase ante la representación de su monarca.

* Proyecto HAR2014-52434-C5-2P. Grupo de investigación consolidado BLANCAS.

1. Roy Strong, *Arte y poder. Fiestas del renacimiento. 1450-1650*, Madrid, Alianza, 1984; Jean Jacquot, ed., *Les Fêtes de la Renaissance*, II, Paris, CNRS, 1960; M. Fagiolo dell'Arco y S. Carandini, ed., *L'Effimero Barroco. Structure della festa nella Roma del 600*, Roma, Bulzoni, 1978.

En el siglo XVIII se producirán varias visitas reales y habrá un juramento foral. La jura había sido el acto más importante del Aragón foral. En el siglo XVIII las proclamaciones rompen un estricto ceremonial que vinculaba al rey y al reino sobre la base de la doctrina pactista. Como es bien sabido el primero de los Borbones, Felipe V, juró los Fueros en 1701, convocó Cortes y mantuvo el respeto al ordenamiento jurídico de los territorios forales hasta que en el curso de la Guerra de Sucesión derogó los fueros de Aragón con dos sucesivos decretos en el que ejercía así su voluntad sobre tierra conquistada. Además de quebrar una línea pactista y foral de amplia trayectoria histórica e iniciar un amplio exilio, con la introducción de instituciones de corte castellano también introdujo modelos de representación del poder regio ajenos a la tradición aragonesa: el más significativo fue la proclamación. Dos son los elementos que primero llaman la atención en comparación con la jura foral: la ausencia del rey (sustituido por el pendón real) y la posibilidad (real y obligada) de que el modelo se repita en las grandes y pequeñas ciudades del reino; además de un protocolo distinto, asistencias diferenciadas, lugares privilegiados .

Impuesta la ceremonia de la proclamación y sin convocatoria de Cortes en Monzón, las visitas reales se espaciaron. El 16 de septiembre de 1701 Felipe V fue recibido en Zaragoza. Los representantes del concejo salieron a Santa Fe con cuidada escenografía: los cronistas hacen mención al uso de la corbata, propia de la vestimenta francesa, en detrimento de la golilla, reconocible prenda de moda en la corte de los Austrias. El día 17 juró los fueros en La Seo en presencia del Justicia Mayor Segismundo Monter y en la forma acostumbrada y comenzaron los festejos, entre los que destacó la corrida de toros a la orilla del Ebro con diferentes suertes de lanzadas a pie y a caballo, palenque, dominguillos y perros, dándose muerte a 24 toros. Durante los tres días de su estancia visitó el Pilar a puerta cerrada por temor a su seguridad, pero después paseó a caballo por la ciudad, comió y cenó en público para dejarse ver y rebajar la tensión social.

El 20 de septiembre partió para Barcelona donde recibiría a su esposa María Luisa Gabriela de Saboya con quien se había casado por poderes en Versalles y Turín el 11 de septiembre de ese mismo año y el 8 de abril de 1702 embarcó hacia Nápoles.

El modelo de proclamación, ajena hasta la llegada de los Borbones, se pone en marcha con la de Luis I una vez que su padre Felipe V abdicó en 1724. Pero será con Fernando VI en 1746² cuando verdaderamente tome carta de naturaleza en los territorios de la Corona de Aragón y consiguientemente en Zaragoza. Serán todas las importantes ciudades aragonesas (Zaragoza, Huesca, Alcañiz, Teruel, Sos del Rey Católico, Calatayud, Barbastro...) las que se sumen a este modelo de ensalzar la figura del nuevo monarca *in absentia* en una celebración de la imagen.

La proclamación de Fernando VI en Zaragoza el día 29 de septiembre de 1746, cumpleaños del monarca, se inició en la plaza de La Seo, lugar emblemático para el reino y la ciudad porque allí confluían los distintos poderes: la catedral donde se coronaban los reyes de la casa de Aragón y luego juraban los príncipes y monarcas de la casa de Austria, las casas de la ciudad, donde se reunía el todopoderoso concejo zaragozano y las Casas de la Diputación, lugar de reunión de los Diputados del reino, cuyas sedes estaban apenas veinte metros. Completaba este especial overbooking de poderes el palacio arzobispal. Este lugar era metonímicamente el poder. Aquí llegaban las procesiones, las entradas regias, los cortejos forales de juramento... pero ahora se inicia aquí pero no empieza la proclamación; la primera y más significativa (se recorrerá un gran trecho hasta llegar a ella) será en el palacio del conde de Peralada (ofrecido al rey Felipe V en su testamento de 1725 era el antiguo palacio de los Morata o “casa de los gigantes”), residencia del marqués de Rasal, gobernador y símbolo del poder del rey. En un tablado dispuesto frente al palacio y bajo dosel donde se encontraban los

2. Juan Gómez Zalón, *Relacion de las festivas demostraciones de fiel gozo y leal afecto con que... Zaragoza... celebró la Exaltacion al Throno de su amado monarca el señor don Fernando el VI... en el día 29 de septiembre de 1746...*, Zaragoza, Imprenta del rey y la ciudad, 1747; Eliseo Serrano Martín, “En el paraíso. La hiperbólica proclamación de Fernando VI en Aragón”, *Actas de la XI Reunión Científica de la FEHM*, Granada, Universidad, 2012, vol. I, pp. 320-332.

retratos de los monarcas, el alférez levantó el pendón y dijo las palabras de rigor: “Castilla y Aragón, Castilla y Aragón, Castilla y Aragón, por el Rey nuestro Señor don Fernando VI que Dios guarde; Viva, Viva, Viva, amén, amén, amén.” Tras esta primera proclamación se vuelve el cortejo sobre sus pasos para la segunda proclamación que es en la plaza del Mercado, espacio ciudadano de honda significación: allí la ciudad recibe a los reyes, se montan los cadalsos, se construyen los capelardentes urbanos, se corren los toros y diariamente se comercia. La tercera se produce en la plaza de la Magdalena, junto a la Universidad y la puerta de Valencia y la última en la plaza de la Seo donde, junto a las casas de la ciudad, quedará colocado en un tablado el pendón real. Hasta llegar aquí la procesión ha paseado bajo arcos triunfales, junto a representaciones del Paraíso y de la tierra de Jauja, se ha detenido en tablados y teatros desde donde se ha hecho representación de la abundancia y prosperidad en la paz, se ha saludado al monarca como Fénix español, emperador de dos mundos, se le ha identificado con el león zaragozano, símbolo de la ciudad, y se le ha adornado de todo tipo de virtudes cardinales y teologales. Este recorrido acoge todo el simbolismo posible: desde la completa “apropiación simbólica” de la ciudad hasta el referente globalizador de los cuatro puntos cardinales con las cuatro proclamaciones.

La estratificación social hace que los gastos de la concurrencia a este acto sea repartida entre todos pero no de una manera igual ni proporcional a la cercanía al poder; antes bien repercutirá sobre las arcas municipales y sobre las haciendas de los gremios e instituciones eclesiásticas. 34550 reales fue el monto total, aparte de los toros; una respetable cifra que debía repetirse en diversas ocasiones para otros festejos como es bien sabido. Algunos elementos dispuestos muestran un reconocimiento a conceptos muy desarrolladas a lo largo de la Edad Moderna: desde la idea de la ciudad como un remedo del paraíso, pasando por el país de Jauja o el carácter intelectual de muchas invenciones. Las instituciones educativas dispusieron un Laberynthus; un laberinto literario, que al modo de los realizados con estructura vegetal y tan del gusto de los jardines de época, tenía un espacio central, una plaza en la que reinaban los monarcas y a la que se accedía a través de senderos que son epítetos latinos de cualidades del monarca: magnus, cautius, dilectus, clemens, prudens, doctus, honestus... y así hasta 30.

Como ha quedado dicho con Luis I se establece el modelo para las proclamaciones³. No debe olvidarse el protocolo a seguir, férreo, en cuanto a invitaciones y representaciones y en donde el pendón real, confeccionado para la ocasión en damasco carmesí con las armas de Castilla y Aragón bordadas en plata, es encargo del propio concejo, quien nombra reyes de armas y portador del pendón que, al no haber empleo de alférez mayor en este caso recae en la persona del conde de Bureta, regidor decano. Es la primera vez que se diseñan cuatro palenques para la proclamación. Toda la procesión, jerarquizada, con los regidores, títulos, nobles, oficiales militares, ciudadanos, la iglesia y alguaciles, maceros, clarines y timbales, recorrió las calles del casco urbano (pocas diferencias con respecto a fiestas con recorrido procesional, entradas reales e incluso el Corpus), y como ha quedado dicho con paradas en la plaza del Mercado, Coso, la Magdalena y La Seo.

Nuevas proclamaciones tuvieron lugar en 1759⁴ con motivo de la subida al trono de Carlos III. El nuevo monarca, que llegaba de Nápoles, desembarcó en Barcelona y se puso en camino hacia la Corte, pasando por Zaragoza y residiendo en ella más de un mes, debido a la enfermedad contraída por toda la familia real. La proclamación se hizo los días 14, 15 y 16 de octubre engalanando fachadas, con luminarias los tres días y erigiendo arcos triunfales como los dos de la calle de la Platería a cargo de los plateros, que medían 12 metros y en donde se entremezclaban los retratos de los monarcas y sus armas reales con las copas doradas, imagen del gremio, y coronados por la Fama y la inscripción ¡Viva Carlos III! La comitiva hizo el mismo recorrido que en ocasiones anteriores. El séquito finalizó en la Lonja, engalanda para la ocasión, con un fresco de sorbetes

3. Eliseo Serrano Martín, “La proclamación de Luis I (1724). Nueva ceremonia para un viejo reino”, en Gregorio Colás, coord., *Estudios sobre el Aragón fóral*, Zaragoza, Mira, 2009, pp. 371-390.
4. Manuel Vicente Aramburu, *Zaragoza festiva en los fieles aplausos de el ingreso y mansión en ella de el Rey Nuestro Señor Don Carlos III con la Reyna Doña Maria Amalia de Sajonia y príncipe de Asturias, Nuestros Señores y Señores Infantes en su viage a la Corte de Madrid desde la de Nápoles y de su Real Proclamacion por Rey de las Españas*, Zaragoza, imprenta del Rey, 1760.

de frutos y canela, helados, aguas de limón y de yemas a la española, chocolate, bizcochos y dulces. Este refrigerio costó la nada despreciable cantidad de 237 libras. El día 15 hubo Te Deum en el Pilar y el 16 salió la mojiganga hasta la medianoche y una partida de caballería con cuadrillas de músicas y disfraces de turcos y esclavos moros. Al caer el sol y frente al teatro de comedias del Hospital General hubo un espectacular castillo de fuegos artificiales simulando el Vesubio, en un guiño claro a la procedencia del monarca.

La visita comenzó el día 28 de octubre y se prolongó hasta el 30 de noviembre de 1759. Desde que fuera recibido en el puente del Gállego hasta la salida al balcón en el palacio del Coso, recorrieron las carrozas donde iban los monarcas y su familia toda la ciudad, pasando por el convento de Jesús en el arrabal y atravesando el río por el puente de Tablas, pintadas sus barandillas de verde y engalanado con esculturas, pirámides y esferas, llegó a la plaza de la Magdalena en donde la Universidad desplegó su arte y erudición y también su poder e influencia con la colocación en su fachada de 24 retratos de personajes ilustres de la ciudad vinculados a ella expresando su fidelidad a la pareja regia con las armas de España y Sajonia y la presencia a sus puertas del claustro universitario revestido con sus ropajes académicos. Por el Coso llegaron a las puertas del palacio donde le esperaba el arzobispo de la ciudad y los obispos de Tarazona y Huesca y en las salas interiores los ministros de la Real Audiencia, la nobleza y la gente principal.

Se corrieron en las fiestas diez toros. El rey cazó en los montes de Torrero y en la Ribera del Ebro, aguas arriba de Zaragoza. Además de los besamandos, Te Deum en la Seo y en el Pilar, el rey visitó el monasterio de Cogullada. Como venía sucediendo desde mediados del siglo XVI, durante la estancia de los monarcas en la ciudad se visitaba el monasterio de santa Engracia y su pozo de reliquias, de donde se ofrecían en relicarios de plata trocitos de huesos de los llamados innumerables mártires zaragozanos. A Carlos III le ofrecieron el 29 de octubre de 1759 nueve porciones en un cofre de plata repujada, conservado hoy en el palacio real de Madrid.

En 1789, meses después del óbito de Carlos III se produjo la proclamación de Carlos IV en Zaragoza y en 1802 está la familia real y Godoy en Zaragoza, que lo celebrará, como habitualmente, con fiestas y luminarias. La novedad es que el rey navegará por el Canal Imperial hasta Tudela.

Lutos regios

Dentro de los seis meses de luto riguroso posteriores al entierro del rey católico, debían celebrarse la exequias y honras fúnebres con el aparato, protocolo y ceremonial debidos, buscando ofrecer la imagen de la magnificencia real y la muy reiterada idea de la continuidad dinástica –en el caso de la muerte del rey, con los bien conocidos recursos de “el rey ha muerto, viva el rey”- y los emblemas del ave fénix⁵.

La férrea etiqueta borgoñona fijó el protocolo a seguir, el acompañamiento (música, religiosos, nobles, soldados), la imagen triunfal de la Monarquía y el duelo. El duelo no podía ser desorbitado; los humanistas consideraban que los sabios debían aceptar con serenidad la muerte porque aparte de ser una ley de naturaleza, la muerte significa una vida en el más allá, gloriosa; y en el caso del rey más aún porque también es la renovación de la Monarquía, la continuidad dinástica. Plañideras y disciplinantes fueron desapareciendo de las exequias. El luto es la forma de exteriorizar un estado anómalo, el del dolor por una desaparición y siendo la del monarca, todo el mundo estaba obligado a vestir de luto, según estados y estamentos.

5. Javier Várela, *La muerte del rey: el ceremonial funerario de la monarquía española, 1500-1885*, Madrid, Turner, 1990; María Adelaida Allo y Juan Francisco Esteban, “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana: siglos XVI, XVII y XVIII”, en *Artigrama*, 19, 2004, pp. 39-94.

La muerte de los monarcas y de sus familiares era comunicada al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, que era la encargada de la organización de las exequias, y en las que básicamente se les erigía un *capelardente* en la catedral de La Seo a donde debía acudir todo el cuerpo social cumpliendo un rígido protocolo y en torno a él se sucedían diferentes actos religiosos a cargo de conventos y parroquias. A los monarcas se les erigía otro en un palenque en la plaza del Mercado. Una solemne oración fúnebre pronunciada por una alta autoridad eclesiástica o algún catedrático de la Universidad, en ocasiones un certamen poético organizado por el propio Estudio General y un libro de exequias que recogía, en descripciones minuciosas y lenguaje ampuloso, todo el desarrollo de la luctuosa fiesta completaban los actos del duelo. Son estos textos (a los que había que añadir los incluidos en las arquitecturas efímeras *ad hoc*) los que nos ofrecen el retrato y la imagen trascendida de los monarcas a los que adornan con toda clase de virtudes.

A comienzos del siglo XVIII⁶ la Monarquía va a tener un gran interés en suscitar la identificación con la nueva dinastía, no en vano la Guerra de Sucesión en Aragón cambiará muchas cosas: se creará lo que quizás podamos llamar *nueva cultura política* que necesitará también de estas representaciones e imágenes para explicar los cambios introducidos: nuevo ceremonial, el acomodo de los cargos políticos, la desaparición de actos y autoridades... Los festejos de los primeros años del reinado de Felipe V, en suma, se van a caracterizar por ser espectáculos de identificación con la dinastía borbónica; además, claro está, de serlo de exaltación monárquica. Todo está encaminado a suscitar esa identificación. Las dos Coronas forman parte de una gran familia, la de los Borbón, que goza de la protección del gran Luis XIV. La continuidad con la anterior dinastía viene simbolizada en la representación del ave fénix. Los jeroglíficos, lemas y tarjetas nos hablan de la esperanza y la omnipresente flor de lis señala un nuevo comienzo para la sociedad española. A esta sociedad hispana se le va a enseñar, puesto que de un programa didáctico y pedagógico se trata, las virtudes de la nueva monarquía.

Con luto riguroso, las procesiones jerarquizadas de concejo de la ciudad durante los siglos modernos, llegarán desde las casas consistoriales a la plaza del Mercado, acomodándose en sus lugares donde ya se encontraban diputados, lugartenientes del Justicia, abogados, ministros y oficiales de la Diputación. Luego acudiría la Iglesia con sus clérigos, racioneros, canónigos y dignidades y el arzobispo. La sociedad en todos sus órdenes pero, de los más arriba citados, han ido cayéndose del protocolo los cargos representativos del reino a medida que se han ido produciendo los cambios políticos derivados de la Nueva Planta y de decretos anteriores. En los ejemplos zaragozanos de la primera mitad del siglo XVIII podemos apreciar estos cambios y los programas marcadamente políticos que los acompañan. Y también de debates religiosos como el de los Delfines de Francia en 1711⁷, con textos antijansenistas.

En el caso de María Luisa Gabriela de Saboya en 1713⁸ se recuerda su origen y su vinculación con casas europeas, “esmaltar las coronas de Europa”, y su presencia y actividad en los años de matrimonio con Felipe V. Habla de la “justicia y prudente gobierno en ausencia del rey” (en 1702 se encargó ella de las Cortes del reino) y de las virtudes que le adornan: modestia, recato, compostura en sus acciones, honestidad, devoción y ejercicios de piedad (frecuencia de los sacramentos, mortificación). El túmulo erigido en la Seo, de 120 palmos y tres cuerpos, remataba en un globo terráqueo en el que la Fama lo coronaba en medio de cientos de cirios (600 relámpagos de cera y 130 rayos superiores). Una estatua en el segundo cuerpo del cenotafio lloraba: era la representación de Zaragoza (portaba un escudo con el león emblema de la ciudad), que luego cambiará su nombre y será la estatua de España la que lllore a sus reyes o sus familiares porque la primera vez que aparece en lo alto del cenotafio será con Luis XIV.

6. Eliseo Serrano Martín, “Lutos en la ciudad ilustrada. Cultura política en las exequias aragonesas del siglo XVIII”, en Ofelia REY y Roberto J. LÓPEZ (eds.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela: Universidad-FEHM, 2009, pp. 397-410.
7. Roque Jacinto Verges y Alegre, *Augustas exequias que celebró la imperial Ciudad de Zaragoza en la muerte de los Serenísimos Delfines de Francia Luis de Borbón y María Adelaida de Saboya*, Zaragoza, Pasqual Bueno, 1712
8. Francisco Fernández Triviño, *Duelos augustos del amor y lealtad en las exequias que se celebró a la Reyna de España doña María Luisa Gabriela de Saboya... la Imperial ciudad de Zaragoza...* Zaragoza: Pasqual Bueno, 1714; Eliseo Serrano Martín, “Las exequias de María Luisa Gabriela de Saboya en Aragón (1714). Política y religión en los discursos funerales”, *e-Spania* [En ligne], 17 |février 2014. URL: <http://e-spania.revues.org/>

9. José Andosilla, *Augustas memorias erigidas a la gloriosa fama del ... Rey de Francia Luis XIV... en el magnifico funeral que hizo la... ciudad de Zaragoza...* Zaragoza: Pasqual Bueno, 1716.
10. Manuel Aramburu, *Minerva llorosa a impulsos de la razón y la lealtad. Reales exequias con que la siempre augusta universidad y Estudio General de Zaragoza lamenta la arrebatada muerte de nuestro difunto monarca el señor don Phelipe V*, Zaragoza, Imprenta del Rey, 1747.
11. Eliseo Serrano, *El Pilar, la historia y la tradición. La obra erudita de Luis Díez de Aux (1562-ca 1630)*, Zaragoza, Mira editores, 2014; Francisco Gutiérrez Lasanta, *Historia de la Virgen del Pilar*, 10 vols. Zaragoza, 1971-1987; Ricardo del Arco, *El templo de Nuestra Señora del Pilar en la Edad Media*, *EEMCA*, 1, 1945, pp. 9-147; *El Pilar*, Zaragoza, CAI, 1984; Daniel Lasagabaster, *Historia de la Santa Capilla del Pilar*, Zaragoza, 1999; *El espejo de nuestra Historia*, Zaragoza, Arzobispado de Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1991; *El Pilar es la columna*. Zaragoza, Gobierno de Aragón y Ayuntamiento de Zaragoza, 1995; Francisco Javier Ramón Solans, *La Virgen del Pilar dice... Usos públicos de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2014.
12. Ana Isabel Magallón y José Carlos Martín, "La leyenda de la venida de la Virgen a Zaragoza (BHL 5388): Edición crítica y estudio", *Hagiographica*, XXI, 2014, pp. 53-84.
13. Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la Capilla Angelica y Apostolica de la madre de Dios del Pilar y Excelencias de la imperial ciudad de Zaragoza...* Barcelona, Sebastián Matevad, 1616.
14. Roque Alberto Faci, *Aragón reino de Christo y dote de María Santísima fundado sobre la columna inmóvil de Nuestra Señora en su ciudad de Zaragoza...* Zaragoza, Joseph Fort, 1739. La segunda parte en Zaragoza, Francisco Moreno, 1750.

Con el Rey Sol⁹ es la gloria terrenal quien vence a la muerte y son las cuatro partes del mundo con la justicia y la religión a la cabeza y con su retrato presidiendo quienes dan a conocer sus glorias y las de su estirpe. En el primer cuerpo se encontraba la urna con el paño bordado y las armas de Francia y el león zaragozano. La representación del rey Sol, cuyo retrato sosteniendo una calavera estaba sobre el paño del techo de este cuerpo, estaba custodiada por cuatro estatuas de las cuatro partes del mundo. Es el mundo entero el que hace guardia y llora ante los despojos del monarca. En el segundo cuerpo, junto a columnas con lises y calaveras, ocho estatuas simbolizan las virtudes del rey: Religión, Justicia, Fortaleza, Magnanimidad, Prudencia, Clemencia, Amor a los vasallos y Liberalidad. La fama se eleva en el segundo cuerpo del capelardente ornado de candelabros cuyo cuerpo es la propia flor de lis. Lo remata una urna con el globo y la estatua de España con su escudo. No hay un momento tan intenso en cuanto a propaganda política de identificación con una dinastía: 1711, 1712, 1714 y 1716.

Los funerales por Felipe V organizados por la universidad zaragozana¹⁰ van a ofrecernos como motivo general una defensa de la sabiduría: "no tanto hace a un rey glorioso el manejo de las armas quanto el cuydoso cultivo de las letras", "la corona le declara rey y los libros sabio: y un rey sabio es tan merecedor del común aprecio que quando como rey no sea aplaudido, como sabio ha de ser un rey de todos adorado". El autor de la oración fúnebre enumeró todas sus fundaciones, desde la universidad de Cervera a la Real Academia de la Historia pasando por las fábricas de Guadalajara o Balsain o los arsenales de El Ferrol y Cartagena.

El Pilar

Si hay una fiesta que identifica al siglo XVIII zaragozano y en donde se puede apreciar una consolidación de una celebración con todos sus apoyos, esa es la del Pilar¹¹. En 1723 el Papa Inocencio XIII concedió el oficio propio por la aparición de la Virgen, largamente peleada y con importantes controversias en la Edad Moderna de la mano de sectores eclesiásticos vinculados a la curia romana y al primado de España. La celebración litúrgica de la ocatava, las procesiones –con asistencia del concejo– y los festejos propios de otras celebraciones –toros, encamisadas, carros triunfales, teatros, luminarias y fuegos artificiales entre otros– hicieron de esta fiesta un referente ciudadano. Al mismo tiempo que crecía su implantación, primero por los territorios aragoneses y por los españoles después, se iba pergeñando un modelo celebrativo que, a la postre, tampoco era muy diferente a otras solemnidades.

Como es bien sabido, el texto de la tradición legendaria de la venida de la Virgen del Pilar y su aparición a Santiago a orillas del Ebro se encuentra en un códice conservado en el archivo del Pilar de los *Moralia in Job* de Gragorio Magno, que data de finales del siglo XIII o principios del XIV¹². La devoción fue acrecentándose en los siglos medievales y modernos por los milagros atribuidos a intercesión mariana –especialmente el de la reina Blanca de Navarra a mediados del siglo XV o el de Calanda de 1640–. Son también muchos los textos que difundieron la leyenda y ayudaron a fomentar la devoción y la fiesta: libros como los de Luis Díez de Aux en 1593, Diego Murillo de 1616¹³ o el padre Faci de 1750¹⁴, cartelones en latín y castellano, romances, villancicos, comedias, recopilaciones de milagros, historias apologeticas... En 1613 el concejo de Zaragoza hizo voto de celebrar la fiesta con procesión hasta la iglesia el día 12 de octubre, en 1642, después del milagro de Calanda, la hace su patrona junto a san Valero y santa Engracia, en 1678 las Cortes de Aragón amplían su patronazgo a todo el reino, tres años después de la unificación de los cabildos del Pilar y La Seo.

La diplomacia pilarista seguirá desplegando su actividad en todos los frentes; en 1678 se pide a Roma el rezo con octava, firmando la súplica la ciudad de Zaragoza en 1685, repitiéndose en 1703 y 1720. En estos momentos se reavivan las polémicas¹⁵ sobre la tradición jacobea que tanto interés despertó a comienzos del siglo XVII y que desde Roma el Papa mandó suprimir en el rezo de la fiesta del apóstol Santiago la parte que decía que había venido a predicar a Hispania, pero “la obstinada resistencia de la corte romana a reformar su decisión había que vencerla a fuerza de pruebas y suministrarlas era un acto patriótico”. Y a Zaragoza le afectaba ya que era a Santiago a quien se había aparecido al Virgen a orillas del Ebro. Esa obstinada postura de los cardenales Baronio y Bellarmino y la de los capitulares de Toledo en España llevó a la importante producción escrita a favor de la tradición zaragozana.

El siglo XVIII y los comienzos del XIX fueron un rosario celebrativo pilarista, comenzando con las fiestas organizadas por el traslado del tabernáculo al nuevo templo, recién finalizados los trabajos en 1718¹⁶ y siguiendo con rezos y oficios y ampliaciones territoriales de los mismos en 1723, 1756, 1765, 1798, 1804, 1807 y 1815.

De todas las fiestas desarrolladas, la que reviste un mayor interés histórico es la de 1723, con la celebración de la concesión del oficio propio por la aparición de la Virgen, por el valor de las descripciones festivas en el libro impreso a ese efecto y por el propio contexto histórico en el que se sumerge el reino aragonés y la iglesia zaragozana. La *Descripción histórica y panegírica* de Juan Francisco Escuder sale de las prensas zaragozanas de Pascual Bueno en 1724¹⁷, un año después de las fiestas que narra. El libro en sí, se puede dividir en tres partes claramente diferenciadas: la primera de ellas cubre el análisis histórico, las digresiones sobre la devoción y las tradiciones que la sustentan, el desarrollo de los acontecimientos en torno al rezo y oficio propios de la Virgen del Pilar y el ambiente zaragozano de 1723 en el momento de la concesión, la segunda es la que podemos denominar los escenarios de los festejos, la morfología urbana de la fiesta, con sus altares, arcos triunfales, tablados teatrales, máquinas e ingenios y todo tipo de adornos y aditamentos que denotan el espacio festivo y la disposición para la fiesta y la tercera trata de los itinerarios festivos, del conjunto de elementos festivos y de su disposición a lo largo de los días que duran las fiestas que como festividad religiosa que se articula en torno a un octavario, lo que significa que son ocho días marcados por los rezos de la octava con festejos en la calle y una prolongación más allá de la octava con repetición de festejos y corridas de toros. Escenarios, itinerarios y festejos descritos son similares a otras celebraciones. Zaragoza vibró con fiestas espectaculares que costaron al erario público la nada despreciable cifra de 25.603 reales, a la que hay que añadir el gasto de los gremios e instituciones en arcos, carros, teatros y comparsas.

En 1765¹⁸ se celebrarán otras fiestas en esta ocasión por la finalización de la decoración de la Capilla de la Virgen y la apertura de la obra artística de González Velázquez. Quizás uno de los aspectos que más llama la atención es la multitud de respuestas negativas a participar pecuniariamente que recibe el Concejo de los gremios de la ciudad: muchos consideran que son pocos los agremiados para las colectas y que están empobrecidos; otros sin embargo se aprestan a preparar lo que siempre han hecho.

Que la Santa Capilla era el centro de la geografía sagrada de la ciudad desde donde la Virgen, en lo alto de su pilar, protegía a los zaragozanos, va a ponerse de manifiesto de manera muy evidente con la convulsa situación política que se va a vivir en el final del Antiguo Régimen, en la llamada guerra contra el francés o contra la Convención (1793-1795) y con la Guerra de la Independencia como episodio catártico. La propaganda católica contraria a la Revolución francesa se manifestará, entre otras cosas, en forma de sermones que clamarán de manera apocalíptica, como si se tratara de una lucha entre el Bien y el Mal, contra

15. Eliseo Serrano Martín “Silentium facite. El final de la polémica y el discurso en torno a la Virgen del Pilar”, *Hispania*, 248, 2014, pp. 687-714.

16. José Antonio Hebrera y Esmir, *Descripción histórico-panegírica de las solemnes demostraciones festivas de la Santa Iglesia Metropolitana, y Augusta Ciudad de Zaragoza, en la Translación del Santísimo al Nuevo Gran Templo de Nuestra Señora del Pilar...*, Zaragoza, Herederos de Manuel Román, 1719.

17. Juan Francisco Escuder, *Relacion Historica y panegyrica de las fiestas que la ciudad de Zaragoza dispuso con motivo del decreto, en que la Santidad de Inocencio XIII concedio para todo este arzobispado, el Oficio propio de la Aparicion de Nuestra Señora del Pilar...*, Zaragoza, Pasqual Bueno, [1724]. [Edición facsímil, Zaragoza, Ayuntamiento, 1990, con introducción de Eliseo Serrano Martín.]

18. Tomás Sebastián y Latre, *Festivas demostraciones con que la ciudad de Zaragoza celebra el descubrimiento...tabernáculo o capilla... Pilar...* Zaragoza, Joseph Fort, 1765.

los franceses impíos y en defensa de la Religión, de la Patria y del Rey. El arzobispo de la ciudad, Agustín de Lezo y Palomeque exhortaba a la lucha contra quienes pretenden “perdernos y aniquilar nuestras Santas Ceremonias” y para ello pone como mediadora a la Virgen del Pilar, para transmitir seguridad y fortaleza amparada en la religión, para conjurar tiempos difíciles y mantener la cohesión con la aparición de fenómenos sobrenaturales (o tenidos por prodigios) y en el desarrollo de las prácticas piadosas. La llamada a la protección bajo las bóvedas del Pilar será un recurso muy utilizado en los años venideros, significativamente entre 1808 y 1813, pues ya lo había hecho protegiendo a los orantes del Rosario la tarde del 5 de septiembre de 1798 cuando sucedió el llamado milagro de la centella¹⁹, sin olvidar que desde el 1 de julio hasta el 14 de agosto de 1808 la iglesia del Pilar fue la única abierta en la ciudad.

A comienzos del siglo XIX vuelve a renovarse el interés por ampliar la fiesta del Pilar y el Papa Gregorio XII recibe del arzobispo de Zaragoza una petición para que sea fiesta colenda en todo el reino quien, para dotarla de un mayor sentimiento pide en carta impresa a todos los eclesiásticos y pueblos de la diócesis apoyo explícito a la demanda. En 1804 se celebró el privilegio real por el que el 12 de octubre era considerado fiesta en la diócesis de Zaragoza. Finalmente el Papa Pío VII concede la petición de que esa fecha se celebre con rezo propio y rito doble de primera clase con octava en todo el reino y la noticia dio lugar a las fiestas de los días 21 al 23 de noviembre de 1807²⁰ Esta fiesta dotaba del mayor rango a la festividad del Pilar y como venía siendo habitual el Ayuntamiento organizó a la ciudad y a sus gremios con las funciones de cada cual: toques de campanas y *Te Deum*, iluminaciones de fachadas de colegios, parroquias y congregaciones, iluminación de la Santa Capilla por parte de diferentes gremios lo mismo que las calles de la parroquia, altares, carros triunfales y los gigantes y cabezudos y la mojiganga a expensas del Ayuntamiento y de la Casa de Ganaderos. Con el sermón queda claro, desde el título, la implicación de la ciudad y el cabildo en la devoción y en la presión diplomática para la transformación de la fiesta; y sin duda alguna en la consolidación en el imaginario de los zaragozanos de la Virgen del Pilar como intercesora, protectora y garante de la acción salvífica en la religión católica. Los Sitios de Zaragoza y el fervor de los zaragozanos en los momentos más cruentos de la guerra de la Independencia acrecentaron la devoción popular y fijaron de manera indeleble las fiestas de octubre en el imaginario colectivo.

... y otras fiestas

El calendario festivo zaragozano durante la Ilustración está bien descrito en el libro de Lamberto Vidal, *Políticas ceremonias de la imperial ciudad de Zaragoza*²¹. En él se recogen por días y meses, todas las fiestas en las que debe participar el Ayuntamiento con los miembros que debían acudir y los actos que se organizaban. El calendario ciudadano se acomoda al calendario litúrgico de manera natural: fiestas de Navidad, Reyes, Semana Santa... Hay una abundancia de fiestas religiosas con procesiones a las iglesias donde se veneran determinados santos: san Roque, san Pablo, san Sebastián, san Miguel, el Ángel custodio, Nuestra Señora del Portillo, santa Engracia, el Pilar o los santos Inocentes celebrados en el Hospital General de Nuestra Señora de Gracia. También quedan reflejadas aquellas fiestas de carácter cívico en los que el Ayuntamiento tiene la obligación de concurrir, desde las exequias de los monarcas, arzobispos, corregidores..., hasta las embajadas a instituciones (como la cofradía de san Jorge), personajes ilustres o cargos nombrados en la ciudad o que pasan por Zaragoza, incluyendo los recibimientos que deben hacer con motivo de las visitas reales, síndicos o cargos de otras ciudades. Y no olvida Vidal el protocolo en los actos que componen la fiesta, sean oficios religiosos, corridas de toros o comedias en el Teatro. Como indica su autor en el prólogo,

19. Eusebio Ximenez, *Relación puntual y circunstanciada del maravilloso patrocinio que dispensó María Santísima del Pilar de Zaragoza a los moradores de esta ciudad augusta en la tarde del 5 de setiembre del año 1798. La publica D. Eusebio Ximenez, presbítero racionero secretario del santo templo metropolitano del Salvador*. Con licencia: en Zaragoza, por Mariano Miedes. Año MDCCCIV.

20. Manuel Isidoro Ased y Villagrasa, *Pintura de las regocijadas fiestas que la muy noble, leal e ilustrísima ciudad de Zaragoza celebró en los días 21, 22 y 23 de noviembre de este presente año con motivo de la venida del rezo de su sagrada patrona Nuestra Señora del Pilar, Zaragoza, Francisco Magallón, 1807. Memoria de las fiestas que la imperial ciudad de Zaragoza celebró los días 21, 22 y 23 de noviembre de 1807 en acción de gracias de las nuevas concesiones de Nuestro Santísimo Padre Pío VII, Zaragoza, Herederos de la viuda de Francisco Moreno, 1808.*

21. Lamberto Vidal, *Políticas ceremonias de la imperial ciudad de Zaragoza...*, Zaragoza, Pasqual Bueno, 1717.

tan importantes son las Leyes como las ceremonias porque éstas “introducen costumbres para el buen régimen de las Repúblicas”.

Además de este número de fiestas regladas por calendario y de aquellas cuyo carácter de celebración aleatoria viene marcada por el sujeto de las mismas, se encuentra la gran fiesta popular por excelencia, cuya celebración viene marcada por la liturgia cristiana de la Semana Santa. Es el carnaval, que en Zaragoza tiene en el jueves lardero, el domingo, lunes y martes de carnaval los días grandes de la fiesta del exceso, de la máscara y de una cierta idea de subversión del orden establecido. Marcado como es sabido por el miércoles de ceniza que inicia la cuaresma, hay descripciones de las máscaras que recorren la ciudad por las calles en alegre cofradía, con músicas más o menos discordantes, interactuando con los viandantes, lanzando huevos (podridos en la mayor parte de los casos, aunque los hay de olores utilizados por las clases altas), lanzando harina (aunque no sería mucha por el dispendio que suponía) y disparando con cañas todo tipo de “proyectiles”. Estos actos los podemos encontrar en 1585, según la descripción del arquero Enrique Cock²² o reflejados en la novela de Antolínez de Piedrabuena, *Carnestolendas de Zaragoza*²³.

El teatro también será una pasión y una fiesta en sí. En Zaragoza el Corral de Comedias evolucionará hasta la edificación de un Teatro en el Coso que será pasto de las llamas en 1778 y supuso una tragedia en número de víctimas (con descripción hecha por Herrera y pintura al óleo de Goya). No podrá reedificarse hasta varias décadas más tarde, tras los debates sobre su prohibición. La asistencia al teatro se convirtió en una actividad social significativa completada con la visita a las alojerías y establecimientos de bebidas en las cercanías que ofrecían todo tipo de aguardientes, bebidas y dulces, poniendo los cimientos de lo que más adelante, a finales del siglo XVIII, serán los primeros cafés zaragozanos. Junto a todo lo anterior, la apertura de Academias literarias, salones, tertulias y bailes propiciaron cambios más que notables en la sociabilidad festiva a lo largo del siglo de la Ilustración.

22. Enrique Cock, *Anales del 85*, Madrid, Aribau, 1876

23. Antolínez de Piedrabuena, *Carnestolendas de Zaragoza en sus tres días*, Zaragoza, Agustín Verges, 1661 [Hay edición facsímil con introducción de Luis García-Abrines, Zaragoza, IFC, 2005]

